

LA PRIMERA DE LAS PRIORIDADES

"Ocupaos de vuestra salvación
con temor y temblor"
Filipenses 2:12

He aquí la primera, la primerísima de las prioridades: la atención que hemos de darle a la salvación de nuestras almas. Una cuestión tan seria y tan urgente que el apóstol San Pablo reclama que nos ocupemos de ella "con temor y temblor". La sola frase, "temor y temblor", cargada como está, de estremecimiento, de agonía, nos trae resonancias de aquél cuasi impenetrable teólogo danés del siglo pasado, Soren Kierkegard, a quien sus biógrafos han solido llamar "el glorioso Sócrates nórdico". En su libro, "Temor y Temblor", Kierkegard concentra toda su atención en Abraham, en ese gran momento cuando en respuesta al mandato de Dios se apresta a ofrecer a su hijo Isaac en holocausto en el monte de Moriah. Este es uno de los pasajes más difíciles de la Biblia. El teólogo en sus reflexiones y haciendo uso de su propia terminología, contempla a Dios en este instante en trances de "una suspensión teleológica de la ética." Esto es: hay un "telos", una meta, una finalidad, para llegar a la cual la fe, que está en lo más alto, supera a la ética. Abraham, "El Caballero de la Fe", como le llama Kierkegard, se convierte en padre de un pueblo cuya descendencia, como las estrellas del cielo y las arenas del mar, no se podrá contar. En la obediencia de Abraham se da el verdadero "salto de la fe".

Aflora, en el mismo principio, la pregunta: ¿qué es el alma? Sabemos que, a lo más, es una entidad espiritual que ha sido objeto de grandes controversias entre pensadores que han estructurado la teología, a través de la historia, durante el transcurso de los siglos hasta el momento presente. Carecemos de instrumentos adecuados para entrar en semejantes disquisiciones. Nuestras limitaciones son obvias.

Lo más acertado que podríamos hacer es recordar al Divino Maestro cuando nos decía: "Porque, ¿qué aprovechará al hombre si ganara todo el mundo y perdiera su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma? (Mateo 16:26) Y al autor de la Carta a los Hebreos cuando consideraba como una desgracia inescapable la del hombre que tiene a menos la salvación que Jesucristo le ofrece: ¿Cómo escaparemos si descuidamos una salvación tan grande? (Hebreos 2:3) En alma y corazón hay una sinonimia de significado existencial claro e inconfundible. Oigamos: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente y a tu prójimo como a ti mismo". (Lucas 10:27) "Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida". (Prov. 4:23) "Con mi alma te he deseado en la noche y en tanto que me dure el espíritu dentro de mí madrugaré a buscarte". (Isaías 26:9) "Encomienden sus almas al fiel Creador y hagan el bien". (I Pedro 4:19) Y San Agustín suplicaba: "Dame, ¡oh! Dios, un corazón que te desee y que tenga hambre de Ti; dame un corazón que se mire como desterrado y que tenga sed y suspire por la patria eterna". La súplica del corazón es el clamor del alma.

Es pertinente observar, para clarificar nuestros conceptos, que cuando hablamos de alma nos referimos a la expresión del ser en la totalidad de la vida. Rechazamos esa dicotomía que establecen muchos entre cuerpo y alma donde ésta ocupa la primacía y aquél viene a menos y se relega a un lugar de inferioridad. Una especie de jerarquía que parte de lo más bajo a lo más alto. El alma espreciada, el cuerpo abominable. En la salvación del alma, no lo olvidemos, está envuelta la totalidad de la vida. Una salvación, que como la santificación que el mismo Pablo invocaba, es por completo, para todo nuestro ser: "espíritu, alma y cuerpo".

¿Y qué es, asimismo, la salvación? Se concibe, básicamente, en términos de reconciliación del hombre quien a causa del pecado se ha enajenado de su Dios. En el sacrificio de Jesucristo estaba Dios, vicariamente, reconciliando el mundo y no tomándole en cuenta sus pecados. Se reestablece, pues, la amistad entre el Creador y la criatura. Es, en suma, justificación, paz, perdón, la nueva vida que nace del viejo hombre avezado a la maldad. El supremo bien del hombre por cuya posesión debe esforzarse con "temor y temblor".

La salvación es un bien presente que se inicia en el tiempo y se proyecta hacia la eternidad. El hombre se salva como persona, como individuo, pero la salvación hay que compartirla. Cuando el Evangelio, las Buenas Nuevas, nos alcanzan, nos sentimos constreñidos a hacer que lleguen a nuestros semejantes. De este modo no nos salvamos solos sino comunitariamente. Lutero llegó a decir "cuando yo muero no muere solo porque la comunidad muere conmigo". La solidaridad humana nos une a todos como en una gran familia: tanto en la dicha como en el infortunio, tanto en el vivir como en el morir. Mejor no pudo expresarlo el poeta inglés John Donne (1572-1630) en palabras que tienen vigencia en todos los tiempos, cuando dijo: "Ningún hombre es una isla, un todo en sí mismo: cada hombre es un pedazo del continente, una parte de la tierra; si las aguas del mar se llevaran un terrón de la costa, Europa quedará disminuida lo mismo que si se tratase de un promontorio, lo mismo que si se llevase la casa solariega de tus amigos o la tuya propia. Con la muerte de un hombre cualquiera quedo yo disminuido porque yo estoy incluido en la humanidad. No envíes a preguntar, pues, por quien doblan las campanas: las campanas doblan por tí y por mí".

Una salvación dada por Dios y que se ofrece a un mundo que amó tanto al grado de ofrendar a su Hijo Unigénito. Nada podrá comparársele. Una noche, en un programa de "Preguntas y Respuestas" de la televisión, el maestro de ceremonias le preguntó a un niño de nueve años:

- ¿Qué crees tú es la cosa más importante del mundo? - Hubo una gran pausa en espera de la respuesta del niño al final de la cual contestó:

- Señor, esa cosa es la salvación del alma.

La pausa se prolongó aún más y más. Un profundo silencio reinaba en todo el auditorio. La zozobra del maestro de ceremonias se hacía demasiado manifiesta. Allí estaba de pie sin atreverse a pronunciar una sola palabra. Naturalmente que todos pensaban en términos de radar, de televisión, de cohetes teledirigidos, de computadoras electrónicas y de tantas otras maravillas de la ciencia. Pero en un momento se repuso, miró al niño y le dijo: - Creo que tú tienes razón. La cosa más importante de todas es la salvación del alma.

Es inexplicable pero el hombre le presta más atención a las cosas transitorias de la vida que a la salvación de su alma. La casa que posee hay que cuidarla con esmero. Hay que embellecerla. Hay que asearla. Hay que velar que no se deteriore. Hay que protegerla contra el incendio y contra el huracán. A los hijos hay que alimentarlos bien. Hay que educarlos y esmerarse para que se desarrollen de la mejor manera. La posición hay que asegurarla y tratar de progresar todo lo más posible en ella. Y así le damos atención a todas las demás cosas de la vida. Pero, ¿qué atención le estamos dando al alma? ¿Nos estamos ocupando de nuestras almas como debiéramos? Cuidamos nuestro cuerpo a fin de mantenerle saludable. Y está bien que así sea porque el cuerpo es el templo del Espíritu Santo. Pero, ¿por qué no hacemos lo mismo con el alma? El alma siente hambre y siente sed. Por eso el Salmista decía: "Mi alma tiene sed de Tí, Oh Dios". Por eso Jesucristo proclamaba: "Yo soy el pan de la vida, si alguno tiene hambre venga a mí y coma de este pan".

La gran tragedia del hombre moderno consiste, precisamente, en amontonar bienes materiales a manos llenas sin importarle los espirituales que en fin de cuentas son lo que permanecen. Vedle ahí, como ya lo hemos señalado, lleno

hasta la saciedad de cosas superficiales pero con el corazón vacío y desolado. Lucha y se afana y nos preguntamos, ¿para qué? El espécimen dramático es aquél gerente de empresas, que se mantenía sumamente atareado durante los siete días de la semana y una buena parte de las noches. Con todo no tenía tiempo suficiente para poder realizar todas sus faenas. Fue un día donde un psiquiatra y le dijo:

-Es tanto lo que tengo que hacer que el tiempo de que dispongo no me basta. Quiero que usted me dé un consejo. Lo seguirá al pie de la letra.

-Tengo un consejo que darle y es éste: coja tiempo prestado-le dijo el siquiatra.

-¿Tiempo prestado? ¿Pero a quién?-preguntó el interesado.

-Cójaselo a la misma vida-le dijo el siquiatra al mismo tiempo que le explicaba la manera de hacerlo.

De ahí en adelante empezó a coger tiempo prestado. El poco tiempo que le dedicaba a Dios lo recortó por la mitad. Del mismo modo el que le dedicaba a la familia, a las amistades, a la lectura de buenos libros, y otras cosas más. A medida que seguía cogiendo tiempo prestado observaba que sus riquezas crecían, sus negocios prosperaban. Esto le estimuló a seguir cogiendo tiempo prestado. Los años pasaron y al fin llegó la vejez. Enfermo del cuerpo y del espíritu, volvió donde el siquiatra todo desquiciado, en busca, no de consejo para arreglárselas con su tiempo prestado, sino de una cura para su mal. Las palabras del siquiatra fueron estas:

-Para usted, amigo, no hay remedio, porque esta es la suerte que le espera a todos aquellos que toman tiempo prestado a la vida. Terminan enriquecidos de bienes materiales pero embrollados y arruinadas sus almas por no ocuparse de ellas como debieran.

"Ocupaos de vuestra salvación con temor y temblor". En esta instancia del apóstol de los gentiles se capta el palpitar de una gran ansiedad porque se haga aquello que habrá de determinar nuestro destino. Una admonición, una urgencia que nos hace recordar al predicador de "Pecadores en Manos de un Dios Airado". "Con temor" como si se presintiera que aquello que se nos ha concedido se pueda perder. "Con temblor" como si se pisaran los umbrales de la eternidad. Se nos mueve, con apremio, a ocuparnos de una salvación antes que se nos haga tarde, o no sea también que se nos escape de la mano. En Tebas, la ciudad de las muchas puertas de la antigua Grecia había un tirano llamado Arquías. Por su crueldad se había hecho odiar de todo el pueblo. De aquí que constantemente se estaba conspirando contra su vida. Una noche celebraba un festín con sus más allegados, cuando en medio de la orgía alguien le trajo una carta sellada en la cual se le informaba sobre los planes de los conjurados para asesinarle. Al recibir la carta preguntó de qué se trataba. Se le dijo que se trataba de asuntos muy serios. Pero él respondió de esta manera: -Los asuntos serios se dejan para mañana. Los conjurados se introdujeron aquella misma noche en el festín, disfrazados de mujeres, y a una señal cayeron todos sobre él y lo degollaron. Todo por no ocuparse de lo que en verdad importaba.

¡Cuántos hay en la vida que han dejado para un mañana incierto la primerísima de las prioridades! Dios, que no sólo ha provisto la salvación a través de su Hijo Jesucristo, viene en ayuda del hombre y le extiende su mano para que éste se ocupe de su salvación "con temor y temblor", Ahí esta la Biblia, el libro Sagrado que nos ofrece las Buenas Nuevas de Salvación. La Iglesia, donde se proclama el mensaje que ilumina la mente y enciende la llama de la fe en el corazón. Que es también santuario donde adoramos y donde en comunidad con nuestros hermanos compartimos nuestras cargas, nuestras tristezas, al igual que nuestras alegrías y nuestra felicidad. Y asimismo nos trasmitimos unos a otros el calor de una amistad, de un compañerismo y de una hermandad que no tienen igual.

Os decimos: ocupaos de vuestra salvación con temor y temblor.

Oración:

Señor y Padre nuestro, te hacemos en este supremo instante de nuestra vida una sola súplica: que ni los bienes materiales, ni los placeres de este mundo, ni los afanes que tantas veces distraen nuestra atención se interpongan en la búsqueda de esta salvación de la que hemos de ocuparnos con temor y temblor. Pero todavía más: que no nos conformemos en buscarla para nosotros mismos solamente sino que nos esforcemos para que nuestros semejantes también puedan alcanzarla. Te lo pedimos en nombre de tu bendito Hijo Jesucristo. Amén.